

CARLOS MARCIAL

CAPERUCITA



EDITORIAL

INDEPENDENCIA

Prezzo: \$ 0.90

CAPERUCITA

QUEDA HECHO EL
DEPOSITO QUE MARCA
LA LEY 7092.

Legs. des
N.º 30.449

CAPERUCITA

TEXTO DE LECTURA
PARA
PRIMER GRADO SUPERIOR

O. R.
C. N. de C.

POR

CARLOS MARCIAL

APROBADO POR EL CONSEJO
NACIONAL DE EDUCACIÓN

2.^a EDICIÓN

Sección Infantil



EDITORIAL INDEPENDENCIA
CORPORACIÓN ARGENTINA DE PUBLICACIONES DIDÁCTICAS

MORENO 487
BUENOS AIRES

1932



Lo que me propuse al escribir este libro

Por ser costumbre más que por ser necesidad, ya que el maestro a cuyas manos llegue este libro habrá de descubrirlos, voy a señalar qué fines traté de llenar al escribirlo.

El primero de mis propósitos fué hacer un texto de lectura ameno, interesante y variado, capaz de hacer vibrar el alma infantil a través de las líneas de cada una de sus lecturas.

Cada página de "Caperucita" encierra una sugestión, la que provocará un estado emocional más o menos acentuado.

Sin perturbar en lo más mínimo los propósitos de orden didáctico y metodológico a que debe ajustarse todo texto de lectura, puede llegarse a este resultado, cuya utilidad no escapará al criterio de los maestros.

Lo dicho en cuanto a la orientación general.

En cuanto a método, he graduado las dificultades, midiendo la extensión de cada lectura,

tanto en lo que se refiere al número de palabras empleadas como al significado de las mismas, de manera que estén al alcance de aquellos a quienes se destina el libro.

También he cuidado la introducción progresiva de las sílabas, empezando por las más sencillas para seguir con las de construcción difícil, y ejercitando todas las usuales en nuestro idioma.

Finalmente señalaré la graduación seguida con el empleo de los signos de puntuación, cuidada de acuerdo con los dictados de la experiencia.

En lo que se refiere a la forma, he intercalado un buen número de diálogos, porque los niños gustan mucho de ellos, una vez que se han habituado a su lectura, y, además, porque es un excelente medio para ejercitar la buena dicción.

Los asuntos tratados excluyen deliberadamente todo lo trivial. Entiendo que para hablar al niño de asuntos que le están próximos no hace falta recurrir a lo incoloro, a lo anodino.

El nombre que dí al libro: "CAPERUCITA", encierra una sugestión. La protagonista del cuento tradicional sonríe desde la tapa, benévola y picarescamente, a la legión de amiguitos desconocidos que habrán de usarlo. En ese nombre y en esa son-

risa el pequeño escolar encontrará un poco del sabor de los cuentos que tanto lo atraen.

Ese principio de simpatía hará que reciba el libro con cariño y curiosidad, elementos cuya utilidad parece innecesario destacar aquí.

El autor pide a los maestros, para "CAPERUCITA", un poco de esa benévola simpatía que ya adivina en los escolares. Si la logra, habrá colmado sus anhelos.

CARLOS MARCIAL.

CAPERUCITA



MAMÁ

Mamá es todo para mí.
Es mi mejor amiga.
Me quiere con toda el alma.

Es buena como un ángel.
Me cuida como a su mayor tesoro.

Yo pago su cariño con un beso.

En ese beso pongo mi corazón.





PAPÁ

Papá es tan bueno como mamá.
Vive pensando en ella y en mí.

Sus manos ganan el pan
que comemos.

Pagan la casa donde vivimos.

Ganan la ropa que vestimos.

¡Y cuánto nos quiere!

Cuando nos mira sonríe.

¡Cuánta dulzura hay en su
mirada!





NACE EL DÍA

Sale el sol.

Su luz ilumina la ciudad y
el campo.

El cielo tiene un color azul celeste que encanta.

No se ve ni la más leve nubecilla.

El viento mece suavemente las hojas y las ramas tiernas.

Todo despierta.

Con el sol llega el movimiento.





CARAS AMIGAS

Marcelo está loco de contento.

Tiene muchos conocidos en el nuevo grado.

¡Cuántas caras amigas!

Siente deseos de ir a saludar
a sus viejos camaradas.

Lo detiene la necesidad de
guardar compostura.

Espera que suene la campa-
na para el recreo.

Entonces podrá charlar con
todos ellos.





LO QUE PUEDE LA CONSTANCIA

La hormiga lleva una hojita. Es diez veces más grande que ella.

El menor soplo de viento tumba a la hormiga con su carga.

Sin embargo no cede ni se acobarda. Vuelve a enderezarse y marcha. Marcha constantemente. Parece que las dificultades aumentaran sus fuerzas.

Al fin ha llegado a la boca
del hormiguero.

¡Cuánto pueden la tenacidad
y la constancia!





ES MUY PUNTUAL

Justina nunca llega tarde al colegio.

Se levanta no bien la llama su mamá.

Luego se lava y se peina con prolijidad.

No vayan a creer que descuida las uñas ni los zapatos. ¡Qué esperanza!

Es tan aseadita y arreglada que parece un pimpollo de rosa.

Los pimpollos todo lo alegran con su frescura y su perfume.

Así es Justina.

Se explica ahora por qué todos la quieren tanto.





POR GOLOSO

Micifuz es un gato de hermosa piel.

Lo han mimado tanto que se ha vuelto haragán. Haragán y goloso.

Hace días se llevó un buen chasco.

Sobre la mesa humeaba una taza de leche. Micifuz olfateó la golosina. Saltó sobre la silla y de ahí a la mesa. Luego se acercó a la taza con toda rapidez.

Hundió la lengua en el líquido y la retiró rápidamente. La leche se la había quemado.

¡Qué chasco se llevó el pícaro gato!





AGUA PURA

El agua brota en lo alto de la montaña. Sale de una hendidura de la piedra.

Baja corriendo hasta el valle.
Allí modera su marcha y forma un cristalino arroyuelo.

En ambas orillas crecen sauces, mimbres, álamos y algarrobos.

Del agua de ese arroyo beben los pacientes bueyes, las blancas ovejas y los pintados pajarillos.

Ese líquido claro, cristalino y puro, da vida a la tierra que cruza.

Sin sol y sin agua no hay vida posible.





SOL

Para los hombres,
para la flor,
el sol es vida,
luz y calor.

Por saludarlo,
visten de fiesta
todas las plantas
de la floresta.

Y el mundo canta
con alegría
cuando él asoma
trayendo el día.

M. Bernárdez



Uno de los cinco sentidos: EL GUSTO





CURIOSA PESCA

Los chicos han ido al arroyo a pescar.

Hace dos horas que están allí. Sólo han sacado un pececito.

Pero no desesperan.

Tanto Guillermo como Armando y Pipo siguen su tarea con entusiasmo.

De pronto se oye la voz de Armando.

—¡Ayúdenme!—grita.—Algo se ha prendido de mi anzuelo. Algo muy grande y pesado. Debe ser un tiburón.

Miren ahora la cara de los muchachos. ¡Qué sorpresa y disgusto al ver el tiburón! Era simplemente una bota vieja.





EL MEJOR PREMIO

Ya se adivinan los gustos de Laura. Es amiga de las plantas, de las flores y de los pájaros.

Todas sus horas libres las pasa en el jardín. Siembra, riega, poda, corta y limpia de bichos los tiernos vegetales.

Todo eso hace Laura y, sin embargo, no tiene más de ocho años.

Las perfumadas flores de su jardín son el premio de su laboriosidad.

¡Hay que ver los fragantes ramos que lleva a su mamá!

Claro es que entonces recibe otro premio. ¿Cuál? Un beso fuerte y sonoro y un abrazo, también muy cariñoso.

¡Qué feliz se siente entonces Laura!





TU DEBES HACER LO MISMO

Las avecillas van
y vienen constante-
mente.

Vuelven de cada viaje tra-
yendo una plumita, una hila-

cha o una paja. Están construyendo su nido.

Mientras trabajan, cantan. Su canción es siempre alegre.

Tú debes hacer lo mismo que ellas. Trabaja, estudia, aprende cada día algo.

Al terminar el año sabrás muchas cosas nuevas. Entonces te sentirás feliz. Tan feliz como los pájaros cuando construyen su nido.





LAS MANOS

Cuando las manos aprietan son tenazas. Cuando golpean son martillo. Cuando dan son bondad.



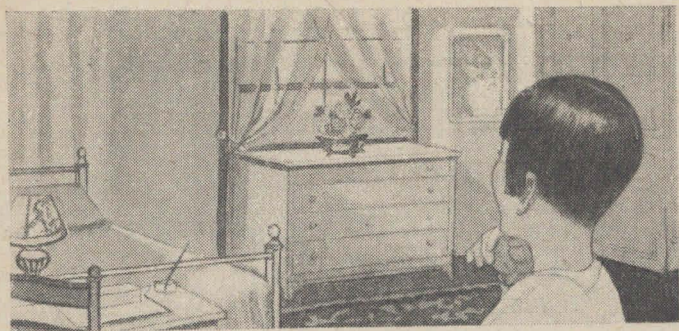
Cuando las manos trabajan son pan. Cuando lavan son aseo. Cuando palmo-tean son alegría.



Las manos de la madre consuelan cuando acari-

cian. Las del padre protegen
cuando bendicen. Las del ni-
ño suplican cuando buscan el
regazo materno.





¿PODRÍA SER DE OTRO MODO?

Beatriz tiene algo más de siete años. Va al colegio por la tarde y está en primer grado superior.

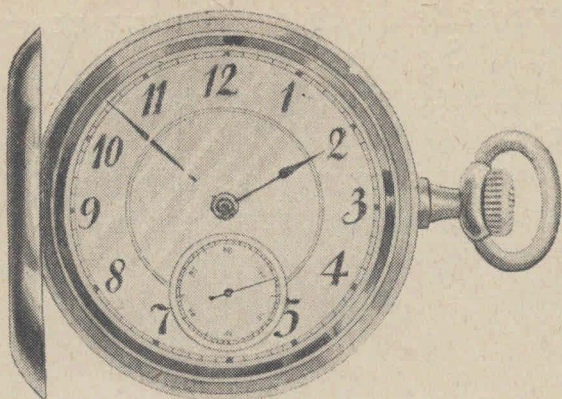
Por la mañana, después de tomar el desayuno, arregla el dormitorio. Aunque pequeña, ya ayuda a su mamá.

¡Hay que ver con qué cuidado y atención lo hace todo! No descuida un solo detalle. Al verla trabajar parece una persona mayor.

Terminada la tarea, Beatriz observa su obra. Su sonrisa nos dice que ha quedado satisfecha. ¿Podría ser de otro modo?

¿No os parece que Beatriz tiene bien ganada esa suave satisfacción?





EL TIEMPO VUELA

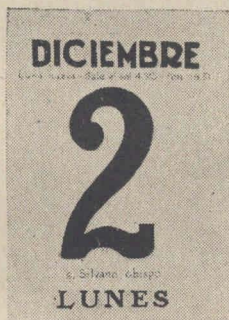
Tic...tac. Tic...tac. El tiempo vuela. Esas dos agujas señalan el correr de los segundos, de los minutos y de las horas.

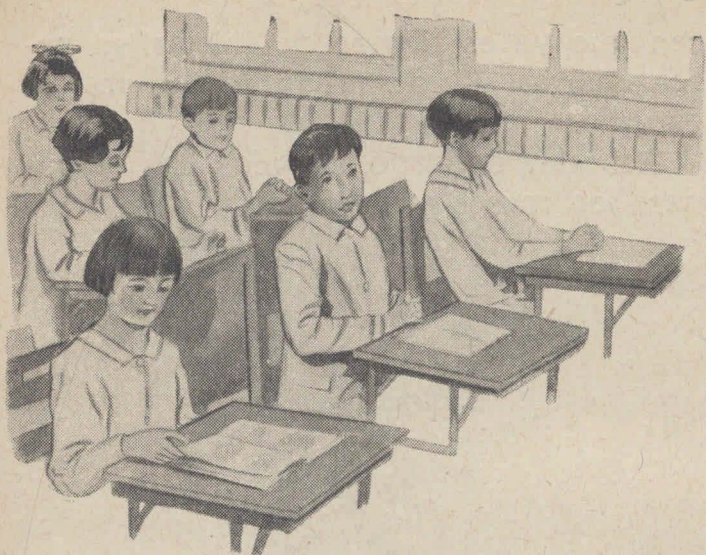
Mientras el horario camina, el minutero corre. Señalan el tiempo que pasa y no vuelve.

Al padre le indican la hora de partir para el trabajo. A la madre le di-

cen que ya es tiempo de iniciar su tarea diaria. A los niños los invita al estudio.

Así van pasando los días, las semanas, los meses y los años.





COMO SI FUESE SORDO

Como siempre, Rafael no ha sabido hoy la lección. Dice que la olvidó.

Efectivamente, olvidó de estudiarla. Eso es todo.

No sabe lectura ni aritmética ni escritura. Y no sabe, porque mientras la maestra explica, él se distrae.

En clase, Rafael no hace más que papar moscas.

No es que le falte inteligencia. ¡Qué le va a faltar! No aprende porque no presta atención. Y explicar al que no atiende es como hablar a un sordo.

Si sigue así, Rafael dirá siempre que se le olvidó la lección... ¡y a ese paso.....!





LLUVIA DE HOJAS

Otoño

Abril es un hermoso mes en nuestro país. Sin embargo ya se siente que el invierno se aproxima.

El aire es cada día más fresco. El cielo se nubla con frecuencia. Llueve continuamente.

Ya no se ven frutas en los árboles ni cantan los pájaros en las ramas.

Las hojas se ponen amarillas, se enristecen y, poco a poco, caen. El viento las arrastra fácilmente. Llueven millares de ellas, que luego vuelan como si fuesen grandes insectos.

Cuando el cielo está limpio de nubes y alumbra el sol, la temperatura es muy agradable.



MI BANDERA

Mirad mi bandera
hermosa y querida,
si pide mi vida
también la daré.

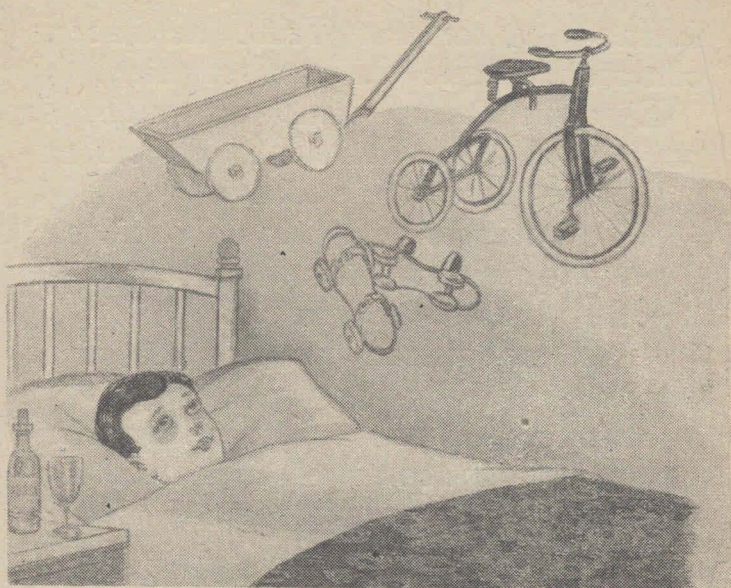
Es blanca y celeste;
es nieve del cielo;
es paz, es consuelo,
amor, libertad.

Aquí, entre sus pliegues
que el viento acaricia,
yo leo: justicia,
trabajo y honor.

Bendigo la escuela
que a amarla nos guía,
la sana alegría,
la ciencia y la paz.

Justo Pérez F.





ARREPENTIMIENTO TARDÍO

El médico examinó a Ricardo y recetó una purga. El chico tenía indigestión.

Cuando la trajeron, la mamá le pidió cariñosamente que hiciese un es-

fuerzo y la tomara. Trató de hacerle comprender que era para su bien.

El chico, terco como un mulo, se negó a ello. La mamá le ofreció entonces un carrito. ¡Nada!

—Te compraré un par de patines.

—No quiero patines.

—Te regalaré un triciclo.

—No me gustan los triciclos ni la purga.

Entonces la mamá perdió la paciencia. Lo tomó como si fuese un muñeco, le hizo abrir la boca... ¡y... allá fué toda la purga!

Ricardo, tendido en su cama, mira el techo. ¿En qué pensará? ¿En carritos, patines y triciclos? ¿En la terquedad de los mulos?





AGUA DEL CIELO



Desde la ventana, Marina se entretiene mirando cómo cae la lluvia.

Las gotas de agua, al golpear en las baldosas del patio, forman caprichosos candeleros. Apenas formados, se deshacen en pequeñas corrientes.

Esos hilos de agua van hasta la calle, donde se reúnen con otros que llegan de las casas vecinas.

La corriente ha crecido y, aprovechando la pendiente de la calzada, formará como un arroyuelo que más tarde irá a desembocar, quién sabe donde.

—¿Será así cómo se forman los ríos?—
se pregunta Marina.





EL DÍA DE DESCANSO

El domingo está destinado al descanso.

En los hogares se nota más alegría que de costumbre. Las caras están risueñas y los ojos brillan de placer.

Ese día el padre no va al trabajo. Lo pasa entre los suyos.

La madre arregla la casa con más esmero. En la cocina se nota mayor actividad. Posiblemente allí se prepara un plato especial.

Los chicos también descansan. No hay clase.

A la alegría de sus juegos se unirá el placer de tener cerca a su papá durante todo el día.

Y así transcurre el día que los hombres han destinado al descanso: entre las dulces alegrías del hogar.





UN BUEN AMIGO

El amigo sol, siempre risueño, despierta a Rosaura todas las mañanas.

Sin pedir permiso, se cuela por una rendija del postigo. Desde allí llega a

la cama de la niña, cuya cara ilumina.

¡Buenos días!, parece decir aquel rayo de oro. ¡Buenos días! ¡Arriba y a lavarse!

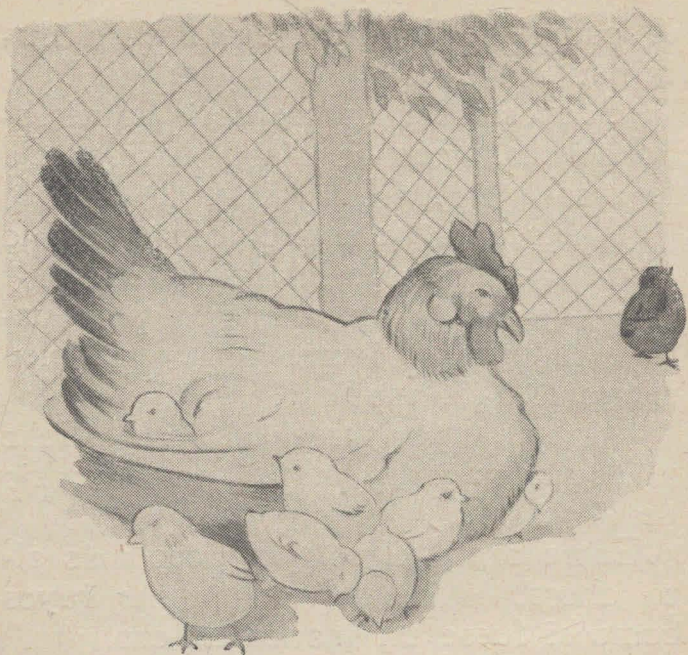
Y Rosaura, siempre diligente, no tarda en entrar en la bañadera.

El agua está un poco fría, pero pasada la primera impresión... ¡qué bien sienta el baño matinal!

Minutos más tarde la vemos, feliz y alegre, correr y saltar por el patio de su casa.

Entre tanto el sol, un poco más alto ahora, la envuelve con sus rayos como si fuese un manto de oro.





ALICAÍDO

La gallina copetona tenía cinco pollitos. Uno era negro; blancos los otros.

El negro era el más revoltoso. Corría de aquí para allá, y con frecuen-

cia se alejaba demasiado de la madre.

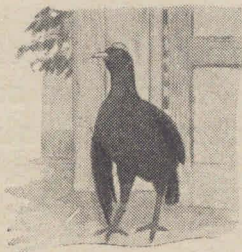
Apenas ésta lo notaba, dejaba oír varios cloc... cloc... para llamarlo. Posiblemente quería decirle: no te separes de mí, que corres peligro.

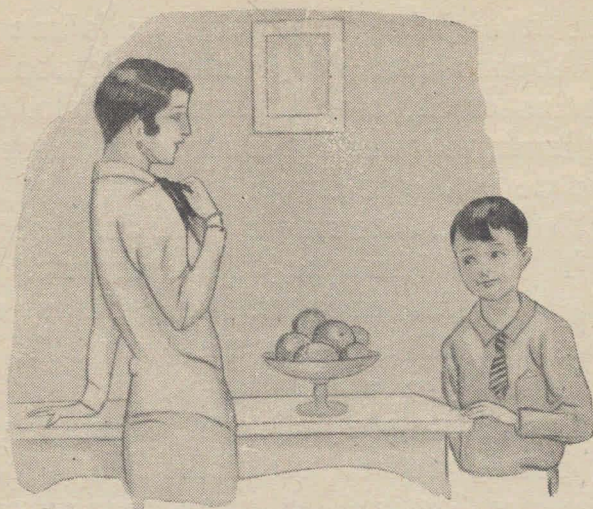
Pero el pollito negro se hacía el sordo.

Y ocurrió lo que debía ocurrir. Un día, el gato rabón que lo espiaba, saltó sobre él. Una de sus garras lo alcanzó en un ala.

Los chicos de la casa llaman ahora al pollito negro "el alicaído". Aquella ala que lastimó el gato, nunca curó bien y casi arrastra por el suelo.

Eso le ocurrió al pollito negro por hacerse el sordo.





¡QUÉ TIERNOS, FRAGANTES

Y ROSADOS!

—¡Qué tiernos son estos duraznos!— dice Mario.—Al tocarlos comprendí que estaban maduros. ¡Y qué fragantes! Se me hace agua la boca al pensar en el gusto que tendrán. Ha de ser delicado.

Mario, en su entusiasmo, habla en voz alta.

—Soy capaz de comérmelos con cáscara y todo...

—Con tal que estén bien lavados—dice la mamá, que había entrado al comedor sin que el niño la oyera.

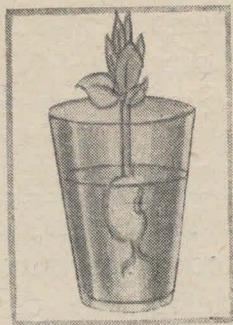
Mario, un tanto avergonzado, responde:

—¡Son tan tiernos, rosados y fragantes que dan ganas de morderlos!

—Puedes probar uno—agrega la buena señora.

—No, mamita; esperaré la hora del almuerzo.





EL POROTO

—No me desprecies—dijo el poroto.—
Puedo probarte que soy una semilla
muy útil. ¿Quieres verlo? Colócame,
entonces, dentro de un vaso o una
vasija cualquiera. Sólo te pido un po-
quito de agua.

Déjame, ahora, y vuelve dentro de
dos días.

.....
Pasados dos días, Carlitos volvió y
observó la semilla.

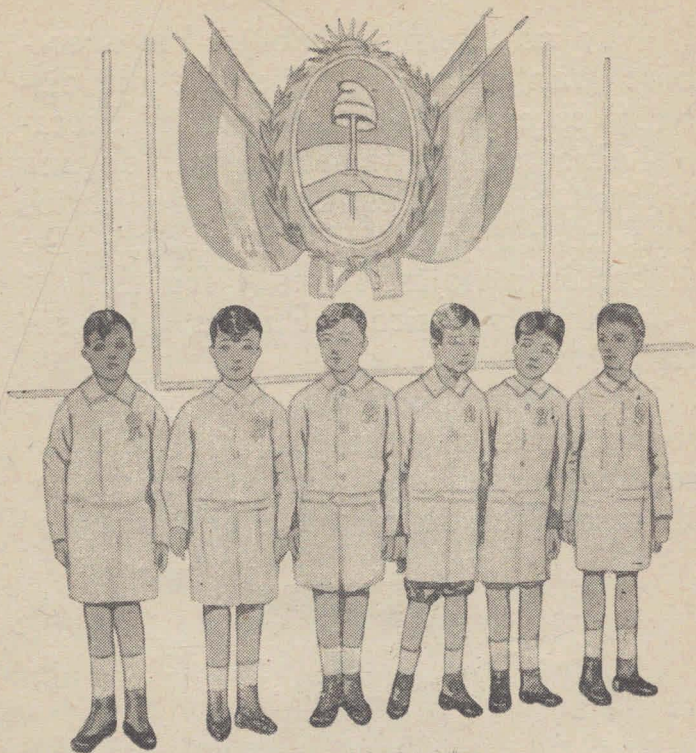
—¿Qué te ha ocurrido, porotito?

—Yo no duermo; trabajo. He absorbido gran parte del agua que me diste. ¿Ves esta colita que me ha brotado? Pues esa colita será la raíz de una planta. Si vuelves dentro de varios días, te haré ver un lindo tallito. De él brotarán hojas, flores y frutos.

—Dime, porotito, ¿Puedes vivir sin tierra?

—No. Necesito tierra, agua y luz. Te ruego, pues, que me entierres. Si quieres obtener muchas vainas con porotos, no te olvides de darme lo que necesito.





25 DE MAYO

Son las 8 de la mañana. No ha faltado un solo alumno.

Los varones llevan prendida al pecho la escarapela nacional. Las muje-

res adornan su cabellera con un moño azul y blanco.

Al sonar la campana se hace un silencio solemne. En un abrir y cerrar de ojos, cada grado forma frente al escenario.

Se oyen las armoniosas notas del Himno Nacional y, a una indicación del director, maestros y alumnos cantan:

Oíd, mortales, el grito sagrado.
¡Libertad, libertad, libertad!
Oíd el ruido de rotas cadenas.
Ved en trono a la noble igualdad.

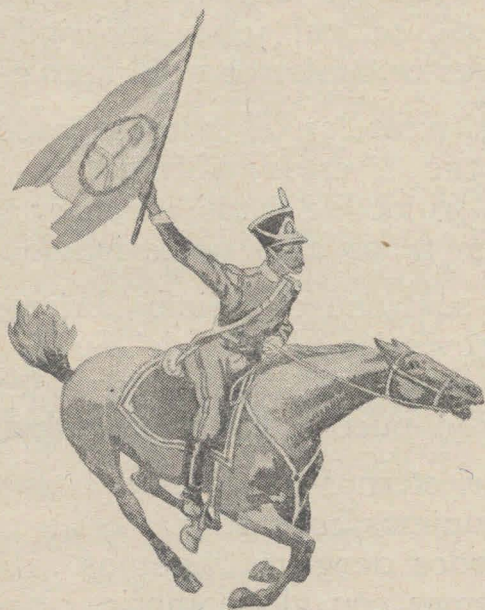
Ya su trono dignísimo abrieron
las Provincias Unidas del Sud;
y los libres del mundo responden:
¡Al gran pueblo argentino, salud!

Sean eternos los laureles
que supimos conseguir;
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.

Después habló un maestro. Su discurso fué muy aplaudido.

Algunos niños declamaron poesías y leyeron composiciones.

La fiesta del día de la patria dejó en todos un recuerdo muy grato.





EN EL CAMPO

Lucila, que siempre ha vivido en la ciudad, está encantada porque pasa unos días en la granja de su tío.

El campo le ofrece, a cada instante, mil cosas que la dejan asombrada.

Ya son las abejas que pasan zumbando; ya los grillos que chirrían entre los yuyos; ya las ranas que croan



en la charca próxima; ya la calandria que silba entre las ramas del ombú.

Todo atrae su atención: las aves que cruzan en todas direcciones como si estuviesen atareadas; los insectos que vuelan de flor en flor; la hacienda que pace y trisca en la hierba.

Nada le gusta tanto como ver arar. La cuchilla luciente del arado, que

abre los surcos paralelos; los millares de pájaros que cubren el campo removido buscando bichitos, fueron para Lucila un espectáculo inolvidable.

Todo trabaja, piensa la niña. Desde el hombre hasta el insecto más insignificante, todos trabajan.





HERMOSA CANCIÓN

Chelita, la gentil chiquilla de las
trenzas de oro, acuna a su nena.

Su hijita es una preciosa muñeca de
bucles más negros que la noche. Se
llama Natacha.

Ahora le canta con su dulce voz,
esta hermosa canción:

Señor jardinero,
deme usted a mí,
un capullo pálido
y otro carmesí.

Los pondré en la almohada
donde mi Natacha
hunde su mejilla
rosadita y blanca.

Y al día siguiente
tendrá usted así
dos rositas blancas
y dos carmesí.

J. de Ibarbourou



EL OÍDO





LO QUE SE CONTABAN

LAS MUÑECAS

—Se equivoca usted, señora—dijo tímidamente la muñequita de veinte centavos a la grande y lujosa muñeca de veinte pesos.—A pesar de la modestia de mi vestido, yo soy muy feliz.

Marta, mi dueña, que es una niña muy prolija, me cuida con mucho es-

mero. Mire usted este saquito: lo tejó ella con un sobrante de lana que le dió su mamá.

¿Tiene alguna mancha mi vestido? ¿Observa alguna en mis medias o en mis zapatos? Mis uñas, manos, cuello y cabeza, ¿no están bien limpios?

Marta es muy aseada, y yo soy como ella. Es también muy cariñosa conmigo.

—Me alegro que así sea —dijo la muñeca grande.—Yo pensé que tú no podías ser feliz con un vestido tan sencillo.

—¿Y usted es feliz?—interrogó la muñequita.

—No. Mi dueña no es prolija ni aseada ni cariñosa. Estoy muy disgustada.

—Al verla con este vestidito de raso y esos hermosos zapatitos de charol, creí que era usted muy dichosa.

—Pues ya lo ves—dijo la muñeca grande—te habías equivocado.

—¡Cómo engañan las apariencias!— exclamó la tímida muñequita de veinte centavos, lanzando un suspiro. —¡Cómo engañan las apariencias!



ME LLAMÓ.....



No te diré mi nombre. Quiero que lo adivines. Te diré solamente cómo soy y para qué sirvo.

Mi cuerpo de acero es casi tan delgado como el hilo. Tengo una cabecita chata y, en medio de la frente, un solo ojo. Con él miro cariñosamente a las niñas laboriosas.

Soy brillante, lisa, aguda y frágil.

¿Para qué sirvo? Pregúntaselo a tu mamá. Ella me tiene entre sus dedos buena parte del día.

¿Sabes ya cómo me llamo? ¿Todavía no? Agregaré algo más, para que aciertes.

Conmigo han unido las telas que forman tu traje, han bordado las flores que adornan su cuello, se zurcen las medias, se cosen botones y remiendan las madres las ropas que algunos chicos destrozan.

¿Conoces ahora mi nombre?



EL REY DE LA SELVA



Cuando el león ruge, tiemblan todos los animales de la selva. Su rugido causa espanto.

Cuando tiene hambre, ese mamífero carnívoros, vigoroso y feroz, no respeta nada. Entonces llega hasta la casa del hombre.

En pocas noches es capaz de terminar con un rebaño de ovejas o cabras.

Sus colmillos son verdaderos puñales; sus garras parecen hojas de acero afiladas; su cuerpo pesado aplasta fácilmente a sus víctimas.

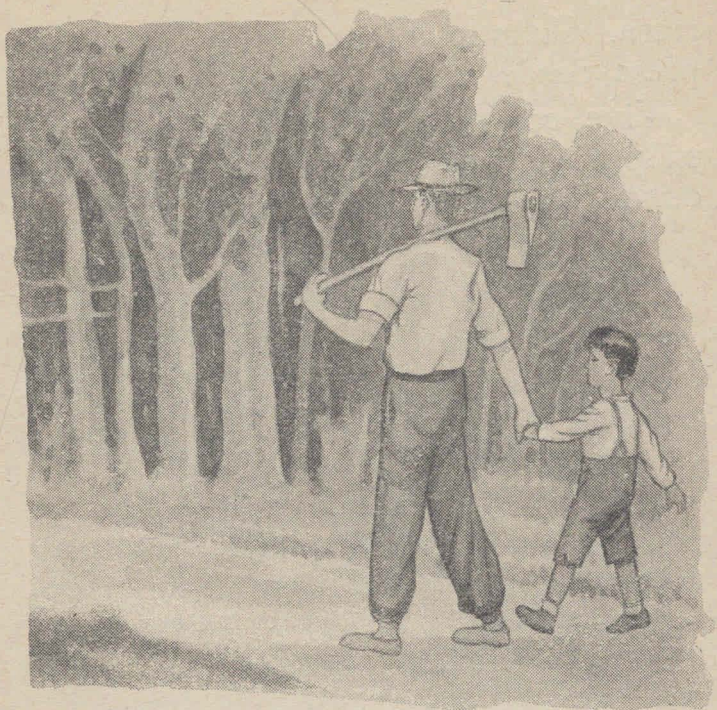
Todo su aspecto causa pavor.

Es un caminador infatigable. Cuando pelagra su vida, huye en rápida ca-

rrera. Cuando ataca, salta sobre su presa desde gran distancia.

Vive con la leona y sus cachorros en plena selva, prefiriendo los lugares donde la vegetación es más espesa.





VAMOS AL MONTE

Ven. Vamos al monte. Está aquí muy cerca, casi tocando las casas.

Es un monte artificial. Los primeros árboles los plantó tu abuelo y yo continué su obra.

El tiempo y nuestros cuidados han hecho, de lo que fué campo triste, un verdadero paraíso. El monte es nuestro orgullo, nuestro bienestar, nuestra riqueza.

Encontrarás en él muchas clases de árboles: eucaliptos, álamos, casuarinas, cedros, nogales, etcétera.

La madera que se saque de ellos será viga, puerta o ventana para el constructor; será cama, mesa, ropero o aparador en manos del carpintero. En la cocina o en la estufa será calor. Allí, donde crecieron, sus hojas darán fresca sombra, que nos protegerá de los ardores del sol.

Ven, hijo mío. Vamos al monte. Entremos en él, cantando. Que nuestra canción sea un himno dedicado a esos amigos del hombre.





¿MATE O TE?

Las tres chicas van a jugar ese día a las visitas.

María, de ocho años, será la dueña de casa. Inés será su hija. Josefa, la visita.



María dice a Josefa:

—Haremos así: tú llamas a la puerta. Yo salgo y te invito a pasar. Inés, que ha quedado sola, habrá hecho alguna travesura. La reprendo

suavemente y luego nos sentamos a tomar mate.

—¿Mate?—interrumpe Josefa.—A mí no me gusta el mate. Yo tomo té con leche.

—¡Pero si es jugando!—dice Inés.

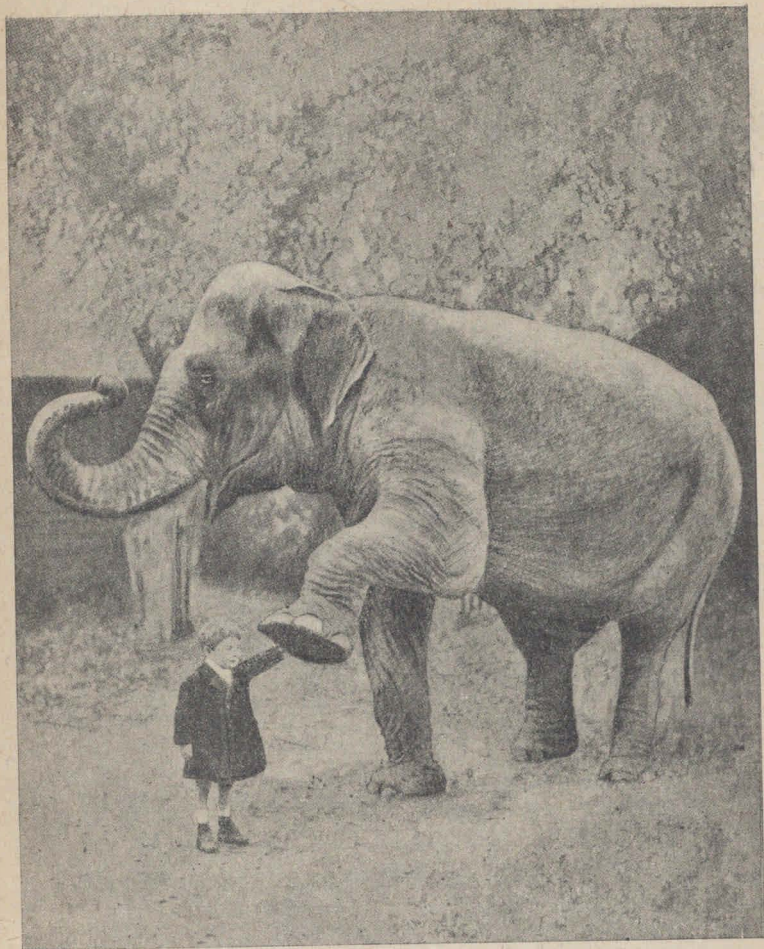
—Para el caso, tanto da que sea una cosa u otra.

—Para mí no es lo mismo. Si no sirven té no juego.

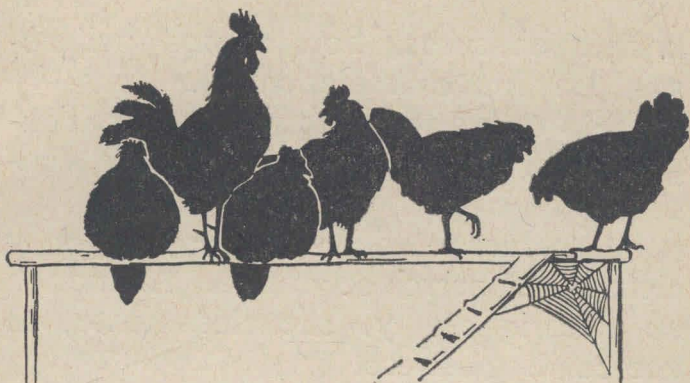
—Es que no tenemos más que un matecito con su bombilla.

—Cuando no se tiene un juego de té, no se invita a las amigas.

Y Josefa se marchó enfurruñada.



Tema de conversación



EL ZORRO ASTUTO

Sentado junto a la puerta de su cueva, el zorro habla así, para sus adentros:

—¡Qué hermosa noche otoñal! ¡Lástima que esa luna, redonda y clara, alumbré casi tanto como el sol!

—A mí me gustan las



noches oscuras. Son menos peligrosas. La luz es mi enemiga.

—Sin embargo, es necesario salir. Tengo hambre y un par de pollos me vendrá muy bien.

Al recuerdo de pollos sabrosos y tiernos, el zorro se anima. Abandona su madriguera y, silenciosamente, se acerca al gallinero.

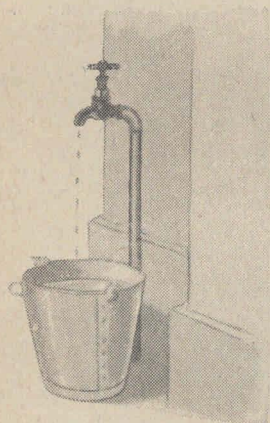
Un grueso alambre tejido protege a los gallos, gallinas, patos y pavos. Las aves de corral descansan tranquilamente.

El astuto zorro empuja con cuidado la puerta. Está bien cerrada. El hábil carnicero pierde entonces la paciencia y empuja con más fuerza.

La puerta cruje. Al ruido, despierta el rey del gallinero. El gallo lanza un sonoro quiquiriquí que pone en guardia a todos.

—¡Maldito gallo! ¡Ya me las pagarás!, dice el zorro, mientras retorna al trote a su madriguera.

GOTA A GOTA



Esta mañana el balde estaba vacío. Pronto estará lleno. Y sin embargo el agua cae en él, gota a gota.

Con las moneditas que se depositan en la alcancía o en la Caja de Ahorros pasa algo parecido.

Primero una, después otra y otra más. Y cuando menos se piensa se ha reunido un peso, dos, cinco, tal vez una pequeña fortuna.

Cuando tengas una moneda y te sientas con deseos de gastarla, acuérdate del balde en que el agua cae gota a gota.

Esas gotas se van sumando y llegan a ser tantas que no se pueden contar.

¿Podrás decir tú lo mismo de las monedas que guarda tu alcancía? Esperemos que sí.





MIEDO

—Don Andrés—dice temblando Antonio a su vecino—haga usted el favor de prestarme su escopeta. Debajo de mi cama se ha escondido una víbora.

—¿Una víbora? No es posible, chico. Aquí no hay víboras. Además, tú eres muy pequeño para manejar una escopeta.

—Pues présteme usted el hacha.

—Explicame. ¿Cómo es la víbora que viste?

—Sólo le ví la cola. Es peluda.

—¿Peluda? ¿Una víbora peluda? Vamos, Antonio, tú estás soñando. ¿A que lo que viste fué la cola de un gato?

Antonio se puso colorado hasta las orejas y, sin chistar, se fué a su casa.

¡Confundir la cola de un gato con una víbora!

¡Lo que puede, a veces, el miedo!





PRIMERO PIENSA;

DESPUES ESCRIBE

Ricardo tiene que hacer una composición sobre uno de los animales domésticos.

El sabe cuales son: el perro, el gato, el caballo, la vaca, etcétera.

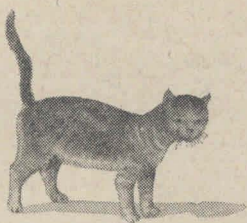
Hasta aquí todo va bien, pero las dificultades se presentan cuando comienza a escribir.

Porque Ricardo no quiere hacer una composición que se parezca a la que suelen hacer los otros chicos.

No quiere decir, por ejemplo, que el caballo es cuadrúpedo, mamífero y herbívoro; que lo utiliza el hombre para tirar de un carro, de un coche o de un arado; que lo emplea, también, para recorrer, sin mayor fatiga, grandes distancias.

Por fin resuelve escribir sobre el gato. En su casa tiene uno y él ha observado muchas de las costumbres de este animalito.





EL GATO, TAL COMO LO VE RICARDO

Para destruir las ratas y lauchas, en todas las casas o en casi todas, hay un gato. Y, cosa curiosa, ese gato siempre, o casi siempre, se llama Mici-fuz.

El que tenemos nosotros también se llama así.

Es un ágil gatazo, de pelo negro y lustroso, con varias manchas blancas en el lomo.



Cuando está tranquilo se acerca a las personas y las huele, tocándolas suavemente con sus bigotes.

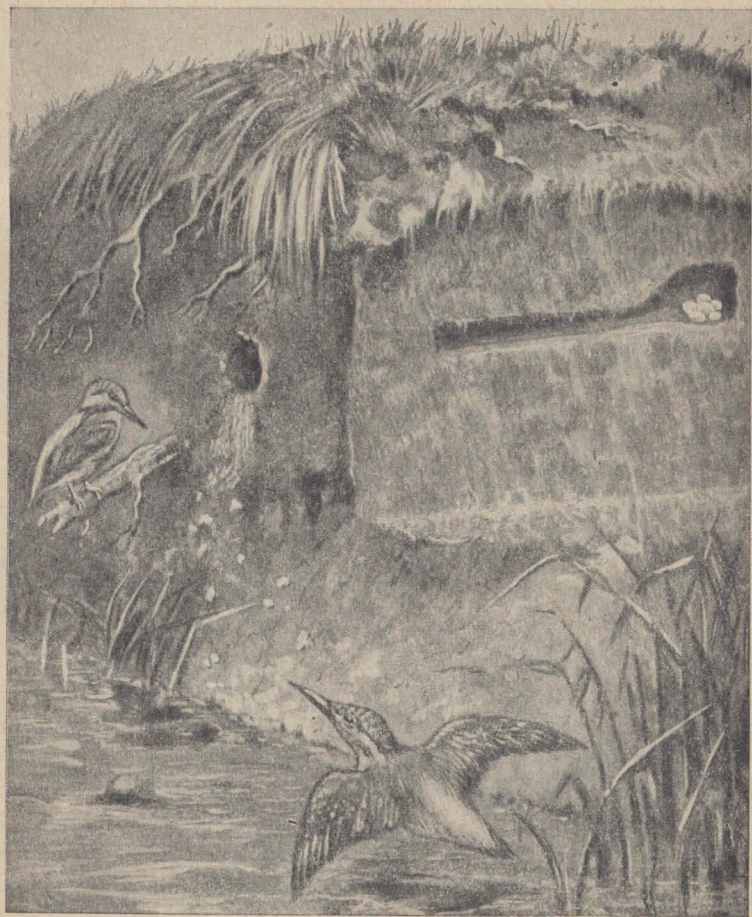
Si se asusta o se enoja muestra los dientes, levanta la cola, encorva el lomo, saca las uñas, se espeluzna todo y produce un ruido especial con la nariz y la boca. Hace: ¡Fuuu...!

Pero en general es bueno. Además de perseguir a los roedores dañinos, muestra su buena educación no entrando a robar a la cocina.

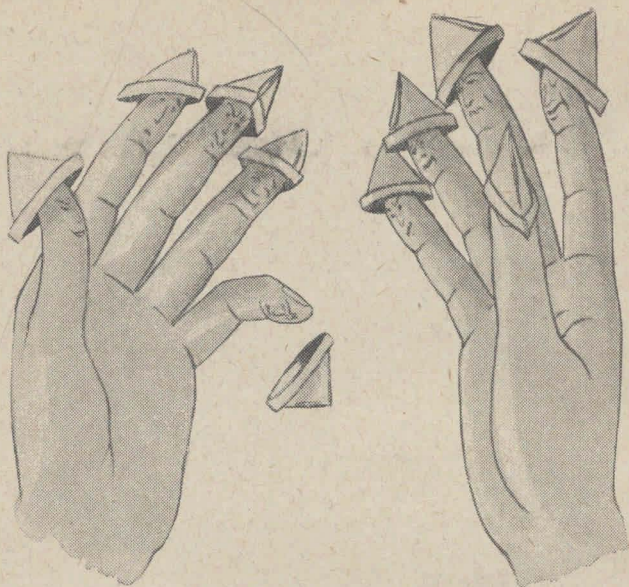
El único defecto que le conocí fué su antipatía por Canela, la perrita de casa. Estaban en guerra continua. Con razón decía mamá: viven como perro y gato.

Ahora las cosas han cambiado. ¿Se habrán cansado de pelear? El hecho es que hoy comen en el mismo plato.

Desde entonces Micifuz fue un gato ejemplar, un gato modelo.



Tema de conversación



EL CONSEJO DEL PULGAR

Una tarde salieron a pasear dos chicas.

Mientras ellas charlaban, los dedos de la mano de una empezaron a conversar con los de la otra.

—Buenos días—dijo el pulgar de una mano.—¿Cómo les va?

—Nada más que regular—contestó el meñique de la otra.—Bastante aburridos.

—¿Aburridos?—preguntó el índice de la otra.—¿Es que ustedes no hacen nada?

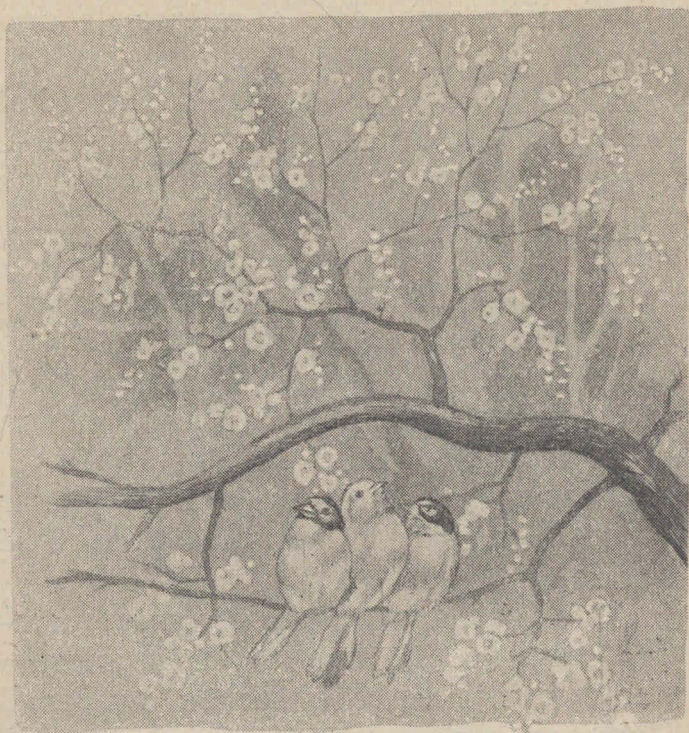
—Nuestra dueña—dijo a esto el dedo del medio—se pasa el día, mano sobre mano. ¡Es más perezosa! Nunca toma una aguja ni una escoba ni un libro. Hasta le tiene miedo al jabón.

—Eso ya se ve—dijo a esto el anular.—Basta con mirar esas uñas. ¡Uf! ¡Qué sucias!

—Yo les diré qué deben hacer ustedes para que su dueña sea laboriosa—habló nuevamente el gordo pulgar.—Cada mañana, cuando la chica despierte...

No pudo continuar, porque las niñas se separaron.

¿Que habría querido decir el pulgar?



LA ESTACION DE LAS FLORES

Primavera

Hoy he visto un duraznero florecido. Un manto rosa lo cubría por com-

pleto. Dentro de poco los perales se vestirán con su ropaje blanco. Es que ha llegado la primavera.

Comienza en Septiembre y termina cuando estamos en vacaciones. Empieza con flores y termina con frutos.

Los pájaros cantan con intensa alegría. Saludan con sus trinos los días templados y serenos. Ellos saben que los fríos han pasado y que el invierno se ha llevado la lluvia y las nieblas.

Bajo los rayos del sol, los campos se cubren de pastos tiernos. El ganado también celebra su fiesta.

Es raro que no hayan llegado aún las golondrinas. Seguramente están ya en viaje.





VIVIENDA CAMPESINA

Escondido entre los sauces que viven junto al arroyo, se alza el rancho.

Todo es allí sosiego. Todo es orden y aseo.

Al pie de sus rústicas paredes de barro, crecen variadas enredaderas trepadoras, que llegan hasta su techo de paja.

Bajo el alero del rancho, multitud de pajarillos han fabricado su nido.

Rosas, jazmines, geranios y malvos brindan sus flores multicolores.

Allí, todo es sosiego, paz y alegría.

Cae la tarde. El sol, muy bajo ya, envía sus últimos rayos.

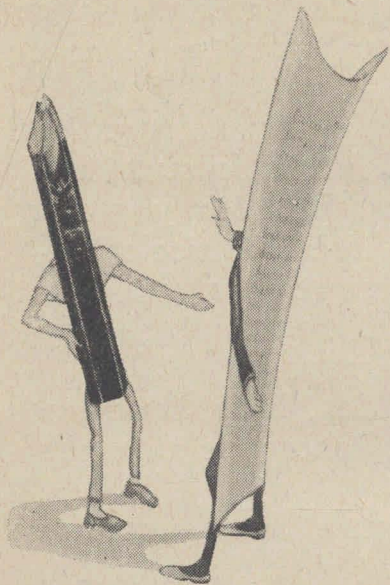
De la vecina aldea, llega, traída por el viento, la voz sonora de una campana.

La brisa murmura suavemente entre las hojas.

Se oyen los acordes de una guitarra. Luego, la voz de un paisano que, terminadas sus tareas, canta. Es feliz.

¡Oh, dulce tranquilidad de los campos! ¡Oh, vida sencilla y apacible!

DIÁLOGO INTERESANTE



Un día se encontraron, arrojados en medio de la calle, un trocito de lápiz y la hoja de un libro.

—¿Tú por aquí?— dijo la hoja—Vaya una casualidad. Volver a encontrarnos después de tanto rodar.

—Así es—contestó el lápiz.—Aquí me tienes, sucio, estropeado y sin punta.

Cuando la mamá de aquel chico me compró en la librería, creí volverme loco de contento. Pensé que me saca-

ría una linda punta y que escribiría con hermosa letra en sus cuadernos.

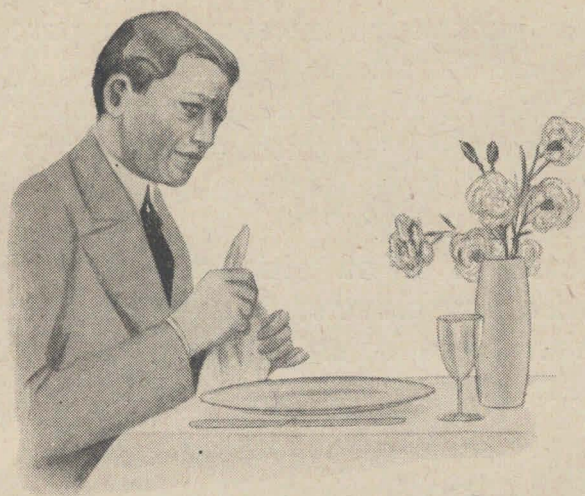
¡Qué engaño! Con un cuchillo sin filo me despedazó el cuerpo. Y después, ¡qué manera de escribir! ¡Qué letras más feas me obligaba a hacer! No aprendía nada.

—Algo parecido pasó conmigo—dijo la hoja de libro.—Mi dueña era desprolija y poco aseada. Comía dulces, se ensuciaba los dedos y, sin lavárselos, los plantaba en el libro a que yo pertenecía. Después arrancaba las hojas o las llenaba de dibujos disparatados.

—Silencio—dijo a esto el lápiz.—Ahí viene el basurero. No sea que nos oiga y nos eche al cajón de desperdicios.







¿POR QUÉ SERÍA?

Ese día papá llegó tarde. La mesa tendida lo esperaba como siempre, pero adornada esta vez con los primeros claveles que yo había sembrado en unas macetas.

Todos ellos eran rojos, y más lo parecían al destacarse sobre el fondo blanco del mantel.

Así adornada, nuestra mesa parecía estar de fiesta.

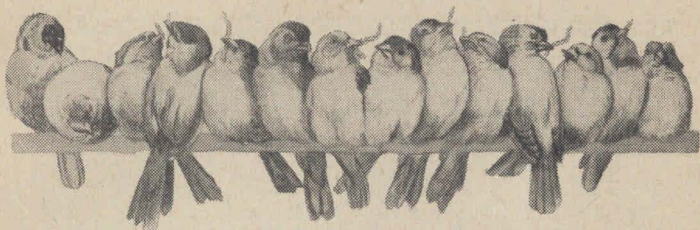
¡Con qué impaciencia lo esperaba yo!
¿Qué diría él, a quien gustan tanto las flores?

¡Al fin llegó!

Se sentó en su sitio de costumbre.

Miró los claveles. Sus ojos buenos estaban fijos en mí y me pareció verlos húmedos. ¿Por qué sería?





NO LOS MOLESTES QUE SON NUESTROS AMIGOS

Los chingolos tienen su nido no lejos del rancho de Inocencia. Ella los ve viajar constantemente. En cada viaje llevan un bichito en el pico. Es el alimento para sus polluelos.

—¿Cuántos insectos cazarán así?— se pregunta la niña.—¿Diez, veinte, cincuenta? Deben ser muchísimos más.

Si una pareja de pajarillos mata tantos, ¿cuántos destruirán entre todos al cabo del día?

Inocencia comprende, ahora, lo que ha oído decir a sus padres muchas ve-

ces: hay que proteger a los pájaros porque son nuestros amigos.

Ellos comen insectos, muchos de los cuales atacan y destruyen las flores, las frutas y las verduras.

Además, piensa Inocencia, alegran la vista y el oído.

Bien ganada se tienen nuestra protección.





CRI.... CRI....

—¿Dónde estará escondido ese pícaro grillo?—se pregunta Eduardo.—Hace un buen rato que lo busco. A veces me parece que está a la derecha; voy allá y entonces creo oír su canto a la izquierda.

Al fin lo descubre. El tímido insecto asoma por un agujerito que ha abier-

to en la tierra. Su cabecita negra muestra dos ojos que miran como sorprendidos y dos largas antenas que se mueven sin cesar.

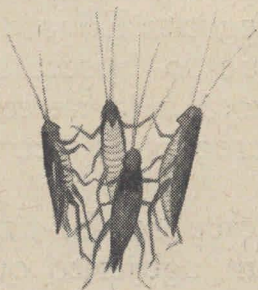
—¡Ah pillastre!—dice Eduardo.—¿Con que estabas ahí? Ahora voy a agarrarte.

Pero apenas estuvo cerca, el insecto desapareció en su cuevita. Fué inútil que el chico esperase pacientemente. La tierra se había tragado al grillo.

A todo esto, llegó la mamá.

—¿Y para qué quieres cazar al pobre grillo? ¿No te parece que su canto alegra un poco nuestro jardín?

—Es verdad, mamita. Lo dejaré en paz. Que cante.





POR ORGULLOSO

—Buenos días, señor clavel—dice la humilde violeta.

—Buenos días—contesta secamente el clavel.

—¿Cree usted que tendremos agua?

—¿Tendremos? No sé si alguien perderá su tiempo dando agua a todos

los yuyos de este jardín. En cuanto a mí, estoy tranquilo, porque siempre me riegan.

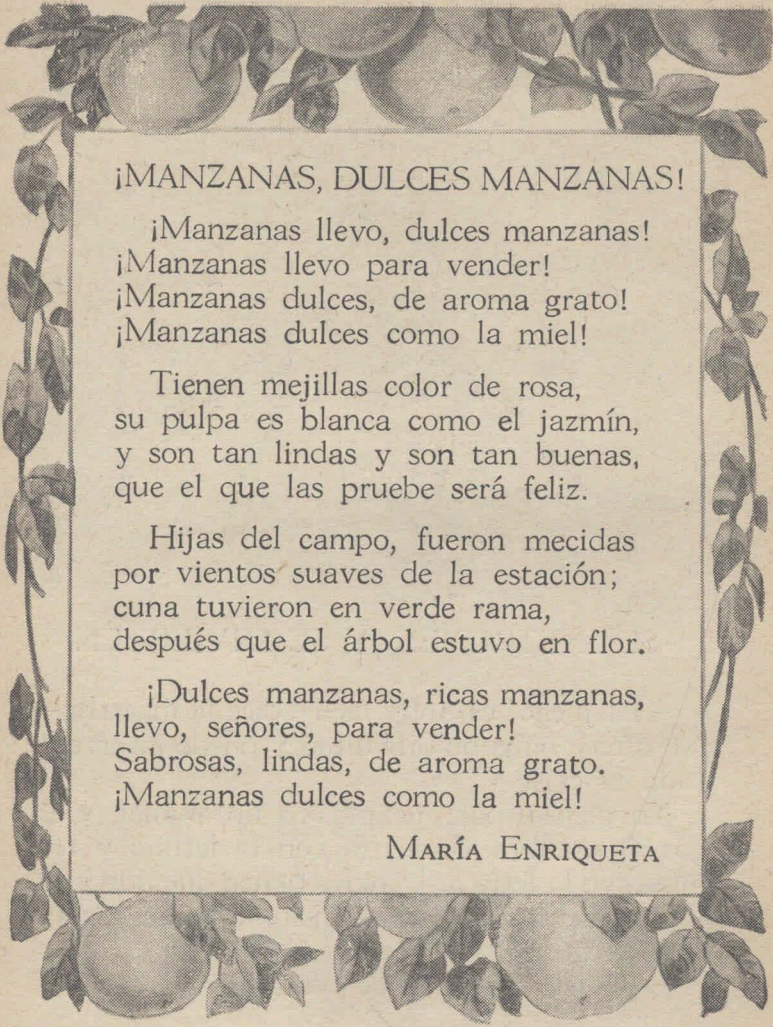
Suspiró la violeta y guardó silencio. La dura respuesta del clavel la había entristecido.

Horas más tarde estalló una tormenta. El agua cayó a torrentes y el viento sopló con gran violencia.

Cuando pasó, el jardín resplandecía. Todas las plantas, con excepción de una, habían erguido sus tallos, como en acción de gracias por el beneficio recibido.

Una sola, el clavel, yacía por tierra. Orgulloso, había querido desafiar al viento, y éste lo había tumbado para siempre.

—Pobre clavel—suspiró nuevamente la violeta.—¡Pensar que ahora podría gozar como nosotros de las dulzuras de esta lluvia bienhechora!



¡MANZANAS, DULCES MANZANAS!

¡Manzanas llevo, dulces manzanas!
¡Manzanas llevo para vender!
¡Manzanas dulces, de aroma grato!
¡Manzanas dulces como la miel!

Tienen mejillas color de rosa,
su pulpa es blanca como el jazmín,
y son tan lindas y son tan buenas,
que el que las pruebe será feliz.

Hijas del campo, fueron mecidas
por vientos suaves de la estación;
cuna tuvieron en verde rama,
después que el árbol estuvo en flor.

¡Dulces manzanas, ricas manzanas,
llevo, señores, para vender!
Sabrosas, lindas, de aroma grato.
¡Manzanas dulces como la miel!

MARÍA ENRIQUETA



SE INSTRUYEN Y SE DIVIERTEN

—El juego es muy fácil—dice la maestra.—
No ofrece ninguna dificultad y puede intervenir
toda la clase.

Yo pienso, por ejemplo, en un animal, y digo: su nombre comienza con la letra *j* y termina con la letra *a*. Ustedes tienen que adivinar.

La maestra guardó silencio. Después de un rato preguntó:

—¿Quién es capaz de acertar?

—Yo—dijo Roberto, que es muy listo para las adivinanzas. —Usted pensó en la gallina.

—He dicho que empieza con *j*; además no es ave. Es mamífero—agregó la maestra.

Los niños siguieron pensando.

—Ya sé—exclamó de repente Marta. —Jabalí es el nombre de ese animal.

—Tampoco—repuso la señorita—pues no termina en *a*. Y agregó: Es un animal que se alimenta de hierbas. Es alto y tiene el pescuezo muy largo.

Como movidos por un resorte, varios alumnos contestaron al mismo tiempo:

—La jirafa, señorita.

—Eso es. Han acertado. Ya conocen un nuevo juego, con el que podrán divertirse en sus casas o aquí, en los recreos.





EL INVENTO DE PEDRO

Pedro ha inventado un nuevo juego.
Muy serio, dándose importancia, dice a sus
compañeros:

—Cada uno de ustedes representará uno de
los doce meses del año. Tú serás enero; tú, fe-
brero; tú, marzo; tú, abril; tú.....

Aquí se detuvo. Había olvidado el nombre de los meses restantes.

Y como la memoria no lo ayudase, quiso salir del paso explicando en qué consistía el famoso juego.

Habló mucho, pero nadie entendió una palabra.

—Yo no comprendí ni jota—dijo Andrés.

—Yo me quedé en ayunas—agregó Luis.

Pedro, medio avergonzado, contestó:

—Bueno; cuando ustedes sepan bien el nombre de los meses del año, me entenderán mejor.

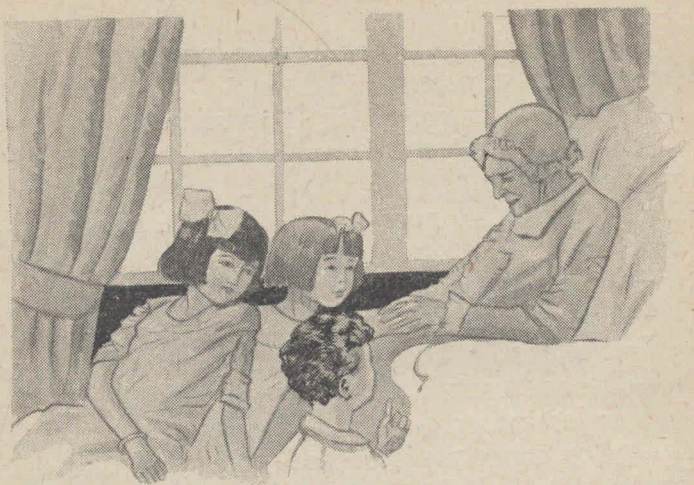
—¿Los conoces tú, acaso?—preguntó uno del grupo.

—¿Yo? ¡Vaya si los conozco! Pero no tendría gracia que los nombrase a todos. Si ustedes no los saben, no pueden jugar.

Y Pedro, muy ufano, metió las manos en los bolsillos del pantalón y se fué silbando.

Los otros chicos quedaron riendo a más no poder.





ÉRASE QUE SE ERA.....

Después de sentarse cómodamente en su sillón, la abuelita se dispuso a narrar el cuento que le habían pedido sus nietos.

—Erase que se era un pobre leñador que tenía tres hijos.....

—Abuelita—interrumpe María—yo creo que eran dos solamente.

—Eran tres—afirma seriamente Alfredo.—Eran tres.

—Probablemente es un cuento nuevo el que vamos a oír—dice la prudente Inés.—¿Por qué no dejamos que abuelita continúe el relato?

—Sigo, pues— dice con calma la anciana.—
Una noche de invierno, cuando la nieve caía
copiosamente.

—¿Qué es nieve, abuela?—vuelve a inter-
rumpir María.

—La nieve—responde nuevamente Alfredo—
es agua casi helada que cae formando copos
blancos.

—Nada te he preguntado—contesta agria-
mente la niña.—¿Qué sabes tú de esas cosas?

—¿Que no sé? ¿Crees tú que no he visto?

—¿Quieren dejarse de charlas?—dice Inés.—
Vamos, abuelita. Continúa con el cuento.

—Es que el cuento ya terminó.

—Pero si recién lo habías comenzado, ¿cómo
es posible que haya terminado?

—Mientras ustedes discutían pasó el invierno
y llegó la primavera. El calor derritió la nieve.
Y sin nieve, mi cuento no tiene gracia alguna.
Lo dejaremos para otra vez.







LA VOZ DE LAS GOTAS

Llueve. Las primeras gotas son grandes y caen muy separadas. Al golpear sobre la tierra suelta y reseca, levantan nubecillas de polvo.

Ahora llueve con más fuerza. Las gotas son menudas y caen muy juntitas. Son tantas que forman como una cortina de tul.

Al golpear sobre el techo de las casas, redoblan como un tambor manejado por manos incansables.

Para el agricultor, aquel redoble es música muy grata.

Oíd qué le dicen las gotas:

“Traemos pan. Traemos pan para tí, para tu familia y para todos los hombres de la tierra”.

Al hacendado le dicen:

“Somos pasto tierno para tu hacienda. Tus animales no morirán de sed”.

El fruticultor mira su monte. Le parece que los árboles elevan sus ramas al cielo para dar gracias por el beneficio que reciben.

“Para tí somos fruta abundante y rica”, le dicen las gotas al golpear en los vidrios de la ventana. “Sí. Fruta abundante y sana”.

Y el agricultor, el hacendado y el fruticultor, mirando hacia lo alto, exclaman: ¡Bendita seas, agua del cielo!



EL PAN NUESTRO DE CADA DÍA



Durante el invierno el labrador deja caer la semilla. La tierra recién arada la recibe con cariño.

Cuando llega la primavera, el campo parece una alfombra de esmeralda.

Han pasado algunos meses. Llega el verano. Las plantas, ayer verdes, se han dorado bajo los rayos del sol. El trigo está maduro.



Vendrá la trilladora a separar los granos de la espiga. Esos granos irán al molino, donde serán transformados en harina.

Y con la harina, el panadero hará los panes de dorada costra.



Esa es la historia de las semillas que el agricultor desparramó durante el invierno.

¡Bendito sea el trabajo de los hombres!

EL GUSANILLO DE LA CONCIENCIA

—Ayer, mamita,
sin que me vieran,
tomé un bizcocho
de la despensa,
y en el instante
mi mano tiembla.
—¿Quién de este susto
la causa era?
—*El gusanillo
de la conciencia.*

—A Mariquita,
la confitera,
quité un pañuelo
de su muñeca.
Nadie lo sabe
nadie, ni ella.
¿Quién me lo acusa?
¿Quién me da pena?
—*El gusanillo
de la conciencia.*

—Mamita, ¿cómo
lo echaré fuera,
que no me bulla,
que no me muerda?

—¿Cómo, hija mía?

*Si tú eres buena
se irá el gusano
de tu conciencia.*

GABRIEL FERNÁNDEZ



¡PUES... PÍNTATE TÚ!



Juan y Martín van a jugar a los cazadores de tigres.

Martín, que ha leído algunos libros de viajes, dirigirá el juego.

—Tú—le dice a Juan—serás mi ayudante. Como el ayudante de un cazador de tigres es siempre un indio, deberás pintarte la cara y las manos de negro.

—¿Y después?—pregunta José.

—Después iremos en busca de la fiera.

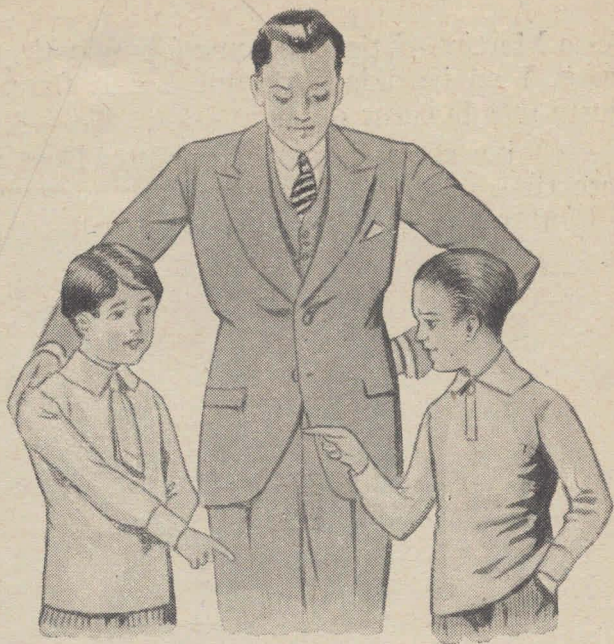
—¿Y hace falta que me ensucie la cara y las manos con carbón para cazar uno de esos animales?

—Es que si no lo mato del primer tiro—con-

testa Martín—el tigre se comerá a uno de nosotros. Y yo he oído decir que a esas fieras les gusta más la carne de indio.

—¿Y por eso quieres que me pinte? Pues, pín-
tate tú—dijo José, alejándose a grandes pasos.
—Píntate tú.





DISCUTAMOS SIN GRITAR

—Así no se discute, querido Víctor. Gritas demasiado. Parece que pelearas—dice el padre.

—Es que me entusiasmo cuando hablo.

—Manuel también se entusiasma, pero no grita.

—Pero Manuel porfía, papá.

—Hace bien, porque tiene razón.

—¿Tiene razón?

—Sí, hijo mío. Tu hermano está en lo cierto cuando dice que cada provincia tiene su escudo.

—Y éste ¿qué escudo es?

—Ese es el escudo nacional, es decir, de todo el país.

—¿Y la bandera? ¿Tienen las provincias su bandera?

—En la República Argentina no hay más que una bandera: la blanca y celeste que creó Belgrano. El himno, también, es uno solo para todos los argentinos.

Desde ese día, Víctor discute siempre con calma.





CAPERUCITA ROJA

I

Caperucita era una hermosa niña que se hacía querer por su bondad. Su abuelita le regaló, para su cumpleaños, una elegante caperuza roja. Como la niña la usaba siempre, los vecinos la llamaban Caperucita Roja.

Un día la madre la llamó y le dijo:

—Lleva estos tiernos bizcochos y esta botella de sabrosa leche a tu abuelita. Ya sabes que está débil y delicada y necesita alimentarse bien.

La obediente niña colocó todo en una canastita y se despidió de su mamá con un cariñoso beso.

—No te apartes del camino ni te entretengas —le recomendó.—Y sobre todo, cuídate del lobo.

—Así lo haré, mamá,—respondió Capercita, y salió apresuradamente.



Cuando llegó al bosque, olvidó Caperucita el consejo de su mamá, y se puso a recoger margaritas silvestres. Quería obsequiar con un lindo ramo a su abuelita.



Cuando menos lo esperaba, se presentó el lobo.

—Buenos días, Caperucita,—dijo la fiera, suavizando la voz.

—Buenos días, señor Lobo—contestó ella.

—¿Dónde vas con esa canastita y ese ramo?

—A casa de abuelita, que está enferma.

—¿Vive muy lejos?

—Del otro lado del bosque.

Y mientras Caperucita seguía recogiendo flores, el lobo se dirigió velozmente a casa de la anciana abuela.

CAPERUCITA ROJA

II

Cuando el perverso lobo llegó a la casa, llamó a la puerta.

—¿Quién es?—preguntó la abuela.

—Soy yo, Caperucita—contestó el lobo, desfigurando la voz.—Te traigo algo que manda mamita.

—Entra, pues, querida nietecita.



El lobo abrió la puerta y, echándose sobre la débil anciana, se la tragó de un bocado. Después se puso una bata, se cubrió la cabeza con una cofia y se metió en la cama.

Caperucita no tardó en llegar.

—¿Puedo entrar, abuelita?—preguntó.

—Entra, querida nieta—respondió el lobo malo.

La niña depositó la canastita en la mesa y se acercó a la cama con el ramo.

Al ver las orejas del lobo exclamó:

—¡Abuelita! ¡Qué orejas tan grandes tienes hoy!

—Es para oírte mejor—replicó el lobo.
—¡Qué ojos tan brillantes tienes, abuelita!
—Es para verte mejor.
—¡Oh! ¡Qué brazos tan largos!
—Es para abrazarte mejor.
—¡Qué bocaza y qué dientes!,—dijo Caperucita, llena de miedo.
—Son para comerte mejor.

Y dando un salto de la cama, el lobo se tragó a la indefensa Caperucita.

CAPERUCITA ROJA

III

Después de tragarse a la abuela y a Caperucita, el lobo sintió sueño. Se echó otra vez en la cama y se durmió. A poco empezó a roncar. Sus ronquidos eran tan fuertes que hacían temblar las paredes.

Un cazador que pasaba oyó aquel ruido y pensó:

¡Cómo ronca esa pobre mujer! Debe estar enferma. Con esa idea entró en la casa, viendo entonces al lobo.

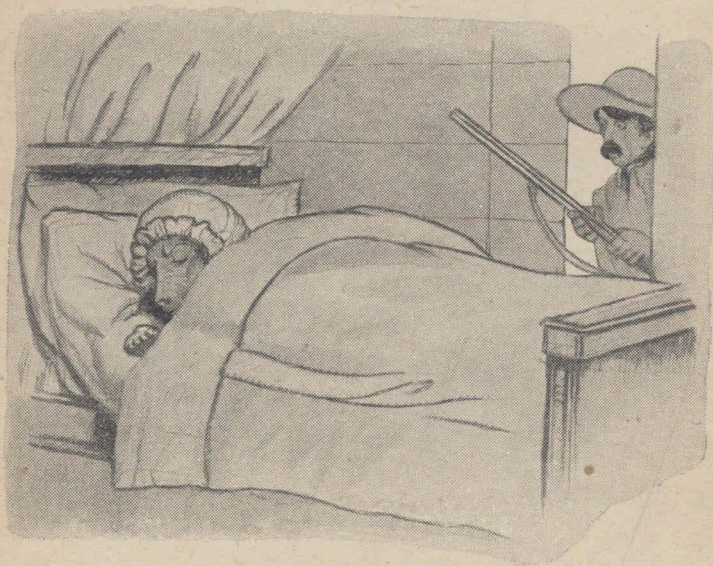


—¡Al fin te encuentro, lobo cruel,—exclamó el cazador.—Hace tiempo que te buscaba. Ahora las vas a pagar todas juntas.

Se disponía a dispararle un tiro, cuando observó que dentro de la barriga del lobo se movía algo. Entonces tomó unas tijeras y, con el mayor cuidado, abrió la panza de la fiera. Inmediatamente salió Caperucita y luego la abuela.

Las dos estaban con vida, porque el lobo hambriento, se las había tragado de un bocado.

Para castigar mejor al sanguinario lobo, el cazador fué en busca de dos grandes piedras, las metió en la panza del lobo y luego cosió la abertura.



Cuando éste despertó y vió al cazador quiso huir, pero las piedras eran tan pesadas que no pudo hacerlo.

El cazador le disparó entonces un tiro y lo mató.

INDICE

	Página
Mamá	13
Papá	15
Nace el día	17
Caras amigas	19
Lo que puede la constancia	21
Es muy puntual	23
Por goloso	25
Agua pura	27
Sol	29
Curiosa pesca.....	32
El mejor premio	34
Tú debes hacer lo mismo	36
Las manos	38
¿Podría ser de otro modo?.....	40
El tiempo vuela	42
Como si fuese sordo	44
Lluvia de hojas	46
Mi bandera	48
Arrepentimiento tardío	49
Agua del cielo	52
El día de descanso.....	54
Un buen amigo	56
Alicaído	58
¡Qué tiernos, fragantes y rosados!	60
El poroto	62
25 de Mayo	65
En el campo	68
Hermosa canción.....	70
Lo que se contaban las muñecas	74
Me llamo... ..	76
El rey de la selva	78
Vamos al monte	80
¿Mate o te?	82
El zorro astuto	85
Gota a gota	87

	<u>Página</u>
Miedo	89
Primero, piensa; después, escribe	91
El gato, tal como lo ve Ricardo	93
El consejo del pulgar	96
La estación de las flores.....	98
Vivienda campesina	100
Diálogo interesante.....	102
¿Por qué sería?	105
No los molestes que son nuestros amigos	107
Cri... cri...	109
Por orgulloso	111
¡Manzanas, dulces manzanas!	112
Se instruyen y se divierten	114
El invento de Pedro	116
Erase que se era	119
La voz de las gotas	121
El pan nuestro de cada día.....	122
El gusanillo de la conciencia	124
¡Pues... píntate tú!.....	126
Discutamos sin gritar	128
Caperucita Roja (I)	130
Caperucita Roja (II)	134
Caperucita Roja (III)	136

CAPERUCITA

POR

CARLOS MARCIAL



Oficinas: Moreno 487
BUENOS AIRES

GMO. KRAFT LTDA.